

LA ACADEMIA CALASANCIA



FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS. ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE



DOS NOVELAS

EL AÑO 2000. — REFUTACIÓN DE SU OPTIMISMO

Es menester refrescar ideas de todas conocidas; es menester inculcar, grabar fuertemente, verdades que con harta frecuencia se olvidan.

Todas las cosas en este mundo tienen su constitución propia; la tienen los cuerpos orgánicos e inorgánicos, la tienen los animales y plantas, y también la tiene el hombre, química en atención a su cuerpo, fisiológica porque es un organismo, y moral a causa de su alma. Esta última es la más importante. Todo esto es muy sencillo, muy llano; está al alcance de quienquiera.

Pues bien; Bellamy, al delinear la humanidad futura tal cual será una vez se haya implantado el régimen por el cual aboga, el régimen socialista, desconoce la constitución interna del hombre, no entra en el fondo de la misma, abarcándola cual debiera abarcarla, no la profundiza del modo debido, la mutila hasta cierto punto, pues siendo compleja, la simplifica; en una palabra, supone que el alma humana, en virtud de su constitución propia, rotas las trabas exteriores, se desenvolverá por dentro y por fuera en línea recta. Será mejor que oigamos su propia palabra (No se olvide que nos hallamos en el año 2000). «Las cualidades nobles del hombre — dice — se abrieron en un repentino florecimiento, las tendencias depravadas que habían oscurecido la esencia divina de la humanidad desaparecieron como mueren al aire los hongos de los subterráneos, el fondo de nobleza que había en la especie, libre de toda traba, tal como un árbol encorvado que se endereza, recobró de repente su rectitud natural», y por último, «la liberación material de la humanidad puede ser considerada como un segundo nacimiento de la especie».

La humanidad, actualmente, es pura, buena, santa, noble, recta;

es todo esto por constitución propia, ingénita, recibida con su propio ser; digámoslo más claro, toda vez que Bellamy es creyente, y todo esto porque el hombre es hechura de Dios, y le plugo a Dios dotarle con el magnífico don de su *semejanza*. Si acaso la humanidad se desflora y se malea, cual sucede desgraciadamente muchísimas veces, débese única y exclusivamente al letal influjo de la sociedad que la rodea, de esa sociedad proterva, llena de prevaricaciones, saturada de vicios, montada con una organización pésima. Librese a la humanidad de perniciosas influencias, o lo que es lo mismo, póngasela en favorables condiciones, cambiadas las actuales condiciones materiales, y el hombre se desarrollará en hermosas flores, cubriéndose luego de abundantes frutos de virtud y santidad. El pensamiento es claro, diáfano, no deja lugar a duda. Es la pretendida doctrina Roussoniana, resucitada y aquí nuevamente aplicada.

¡Cosa singular es lo que pasa con esto que llamamos constitución interior del hombre! Es realmente lo que nos está más presente, no hay quien no la sienta en sus adentros, y sin embargo apenas hay quien la comprenda. El filósofo, el teólogo, el moralista, el poeta, el literato, el artista, y más que todos ellos, el que trata seriamente de perfeccionarse, es decir, el santo o el que a lo menos trabaja para serlo; todos, cada cual a su manera y desde diferentes puntos de vista, tropiezan con este fondo hasta cierto punto inabordable que llevan dentro de sí mismos, y anúblase su frente llenos de confusión al inquirirlo, y acrecentándose estas nebulosidades cuando pretenden darle una explicación plausible. Una profunda discordia, un antagonismo que no acaba de resolverse nunca, una especie de dualismo que habría, sí, habría de convertirse en unidad y armonía, y que a mayor o menor distancia se queda siempre de las mismas, es lo que sienten por manera indubitable todos los hombres. Fuera preciso que hubiese perdido el hombre del todo el sentido moral, y a este estado es muy difícil se llegue en la vida, para que no experimentase la lucha.

No se asusten nuestros lectores si decimos una cosa. En el terreno puramente filosófico, quien ha ahondado más en el asunto en que venimos ocupándonos y le ha dado la verdadera fórmula, es Schopenhauer, cuando señala como ley del perfeccionamiento humano la muerte de la voluntad propia, la individual, la que llevamos todos al venir a este mundo, voluntad que ha de ser vencida, *emancipada*, dice el filósofo, por el conocimiento, después de haberse emancipado a su vez el conocimiento de la voluntad propia. Vió Schopenhauer el principio, mas le sucedió lo que a Bellamy, no lo comprendió bien por haber eliminado del problema ideas capitalísimas que le son absolutamente indispensables, si se quiere darle acertada solución. Rompió el lazo que une la Filosofía con la Religión, y por esto le salió truncado el principio, por más que considerado en sí mismo, en cuanto puede dar con él el pensamiento puramente humano, sea verdadero. Además, según era regular que así sucediera desde luego que prescindió de la Religión, involucró en el asunto multitud de

errores concernientes a la naturaleza de la voluntad propia, al modo como funciona, a las leyes que la rigen y, sobre todo, los concernientes al final que le aguarda, el *Nirvana*; y puesto que la tal cuestión es fundamentalísima, de tal suerte que puede decirse es la cuestión de las cuestiones, pues atañe directa e inmediatamente a la conducta que debe observar el hombre en su temporal existencia, resulta que el conjunto de ideas de Schopenhauer es de lo más pernicioso que puede darse, y ha de producir forzosamente desastrosos efectos en quienquiera se empape de ellas, conforme no vaya de antemano prevenido y defendido con poderoso lastre de sana doctrina. Pero, de todos modos, arrumbando la escoria y quedándonos con el oro puro y aventando las tinieblas y fijándonos únicamente en el rayo de luz que late debajo de las tinieblas, ello es cierto que en cuanto al hecho concreto de cómo se verifica el perfeccionamiento del hombre, siquiera sea sólo parcialmente, está Schopenhauer en lo exacto.

Hubo un tiempo en que prevaleció una doctrina, doctrina que es muy del agrado de todos los filósofos modernos y de cuantos prestan su atención a este arduo problema de la perfección moral del hombre prescindiendo de la Religión, y que seguramente se habrá notado ya, forma el postulado en que descansan las ideas de Schopenhauer. Nos referimos a la enseñanza Socrática. La perfección moral del hombre se verifica a proporción de su conocimiento. Cuanto mayor es la ilustración, tanto mayor es la virtud, o bien sea, la práctica de lo bueno y de lo noble. *Præsente scientia, non datur peccatum*. Conocimiento y virtud casi son una misma cosa. Tal es la enseñanza de Sócrates. ¿Es así como sucede en la generalidad de casos? La experiencia, la triste experiencia, acredita lo contrario. La relación que existe entre el conocimiento y la virtud, y de concomitancia que ayuda, no de causalidad que mueve y produce. Esta es la verdad que nunca harán bambolear los hombres.

Nos habla Bellamy de la esencia divina de la humanidad. ¿Qué es esto? o significase la *semejanza* que de Dios recibimos todos los hombres, o es una palabra hueca, sin sentido. Podría también significarse una participación que de su propia naturaleza otorga a veces Dios a los hombres mediante lo que en lenguaje cristiano se llama *Gracia*; mas esto evidentemente no entraba en las miras de Bellamy. Tampoco, con seguridad, pensaba Bellamy, al hablarnos de un segundo nacimiento, en aquella regeneración interior que tiene lugar en el hombre por efecto de la obra magna, misteriosa, inefable, de la *justificación*. Se parece esta regeneración a un nuevo nacimiento, con el cual se compara, efectivamente, con frecuencia en las Sagradas Páginas, pero que es un hecho del todo diferente del segundo nacimiento a que Bellamy se refiere. Este no es otra cosa que un nuevo avance, un nuevo ascenso, en las vías de la cultura puramente humana, y ya hemos dicho poco antes lo que debe pensarse acerca de este punto.

Vino Jesucristo a los suyos, y los suyos no le recibieron. ¡Qué

amargas deben de sonar dichas palabras a los oídos de no pocos cristianos! Viene, en efecto, Jesucristo con sus dones, con su gracia, con su virtud, con su luz, con su verdad, con su vida. Por el pronto, las almas han perdido su forma terrestre y la han cobrado celeste. Respiran en un ambiente de luz y de gran libertad de espíritu. Su regeneración es innegable. No parece sino que los cielos han descendido a las profundidades más íntimas. Mas, luego ¿qué es lo que queda? ¿qué se ha hecho del desprendimiento y olvido de uno mismo? ¿persiste la inclinación a las cosas celestes? ¿estamos realmente muertos? *Muertos*, he ahí la expresión sublime, he ahí el contenido substancial de casi todo el Evangelio; *muertos* a nuestros propios intereses, a nuestras antiguas aficiones, a nuestros menguados puntos de vista, a nuestros mezquinos y estrechos individuales egoísmos; *muertos* al yo primitivo y rudo de la naturaleza; *muertos* a lo que la naturaleza ha hecho de nosotros después del pecado; *muertos* a todas las sugerencias del amor propio; *muertos*, en fin, para *vivir* una nueva vida, en la que todo, absolutamente todo lo que nos proponemos, vale más que nosotros mismos, es superior a nosotros mismos, lo que en definitiva y en último término no puede ser otra cosa que Dios, de quien hemos recibido la existencia y al cual hemos de referirla constantemente, de un modo u otro, implícita o explícitamente.

Les intriga a los hombres la doble existencia de un *yo* que notan en su interior, y disputan sobre ello. Pues, no hay aquí otro misterio ni otro enigma, ni otro, casi estamos por decir rompe-cabezas, que dos modalidades de una misma y sola entidad, dos formas de una misma persona, dos estados que bullen y se agitan y se entrechocan dentro de un mismo ser; en otros términos, más claros, más precisos y que revisten mayor exactitud y se aproximan más al modo como se debe hablar aquí; hay a manera de dos voluntades que se disputan el predominio; de un lado la *propia*, la pasajera, la individual, la mezquina; de otro, la *enajenada*, la superior, la que se junta y se adhiere en supremas ascensiones a la de Dios, sin perder nada de su propia personalidad, antes bien acrecentándola y perfeccionándola tal como debe ser. A la forma de la voluntad *enajenada* corresponden las aspiraciones superiores del hombre, a la forma de la voluntad *propia* las inferiores; a la primera la *imagen y semejanza* de Dios en su pureza, a la segunda esta misma imagen y semejanza mixtificada y prácticamente adulterada sirviendo a nuestros miserables intereses. Esto mismo y todo lo dicho hasta aquí, digámoslo con el lenguaje divino, con el lenguaje del Evangelio y del Apóstol S. Pablo; el hombre, cuando predomina la forma de la voluntad *propia*, no es de Dios, es el hombre antiguo, es el hombre terreno, carnal y animal, es el alma que vive; por el contrario, cuando predomina la voluntad *enajenada*, es de Dios, ha nacido de Dios, se ha regenerado interiormente, es el hombre nuevo, es celestial y divino, se ha convertido en espíritu que vivifica.

Tal es la ley del perfeccionamiento humano. *Los cielos y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.*

Y queda evidenciado que el optimismo entonado en cánticos de triunfo a la humanidad futura por Bellamy, no corresponde al hombre real y verdadero. Mas ¿cabe cierto optimismo proveniente de las condiciones exteriores cuando son favorables? Esto será objeto de un estudio ulterior.

JUAN COLOMER, Sch. P.

EL MODERNISMO EN SU PARTE POSITIVA

DESCARTES Y EL JUICIO. — SCHOPENHAUER. — EL INCONSCIENTE DE HARTMANN. — LA SUB-CONSCIENCIA

II

Al reconstituir Descartes el majestuoso edificio filosófico, hijo de la tan célebre duda metódica, o mejor, hiperbólica como decía él, sobre la roca inmovible del testimonio de la conciencia, fundamento indispensable de los demás criterios; pues, según Balmes, «antes es pensar que pensar bien», sentó antecedentes para inteligencias ávidas de novedades. Si bien, es cierto, al proceder del «yo» no se encastilló en él, cual más tarde lo verificara el célebre filósofo de Königsberg; este «yo» fué, no obstante, una como manifestación, un como destello de la supereminencia de la autoridad de la evidencia sobre la evidencia de la autoridad. En conformidad con los dictámenes de aquel «yo» súbitamente divinizado y elevado a un grado de poder que había disfrutado, sin duda, antes de la primitiva caída; «cuando salió de las manos del Artífice Supremo configurado al original primitivo, sino en cuanto a su inmensa e indivisible eternidad, en cuanto a la inmortalidad» (Monsabré); establecíase el juicio como acto de la voluntad y la esencia del alma en el pensamiento; fundábase la evidencia objetiva en la veracidad divina y la percepción de los objetos sensibles; no era ya inmediata, sino mediata; esto es, la sensación no correspondía a la realidad; la afección producida en nosotros por el objeto no llevaba en sí impresa la imagen de la causa productora, el *fenómeno* era *totalmente* distinto del *noumeno*; en una palabra, los objetos eran causa de las sensaciones; mas las impresiones nada tenían que ver con aquéllos. La verdad, bondad y belleza; los colores y demás propiedades de los cuerpos perdían su objetividad y pasaban a la categoría de fenómenos, cuyo carácter de *tales*, procedía del sujeto.

A través del prisma objetivo de la imparcialidad, y no de aquel que, por desgracia, tanto abunda y hace veamos las cosas del «color del cristal con que se miran», ¿quién no ve asomar, ante tamaños errores, las consecuencias lógicas e inflexibles que proceden de los mismos? De un lado el idealismo transcendental, opresor de los fueros de la mente en la Crítica de la «Razón pura»; su panegirista más

exaltado en la de la «Práctica», con el Fideísmo y Sentimentalismo de Jacobi, sistemas antitéticos, en apariencia, al pensamiento Kantiano, que ante el endiosamiento de algo finito de suyo y expuesto sino, «per se», «per accidens» al error, proclaman su impotencia absoluta; y del otro los desvaríos del enemigo del Hegelianismo, Schopenhauer y su discípulo Hartmann en la filosofía del Inconsciente. Y este conjunto de consecuencias tan heterogéneas ¿no es, a su vez, la causa próxima e inmediata de la formación de la doctrina modernista? Veámoslo.....

Dígasenos con toda buena fe y sin apasionamiento alguno, si el juicio es un acto voluntario y con el carácter de «sintético a priori» es, como afirma Kant, el único por el que se rige el espíritu pensador, ¿no se sigue ciertamente, que la voluntad es la reguladora de la inteligencia humana? Una vez sentado el principio, es muy fácil deducir esta consecuencia, y precisamente, dada su poca dificultad, no tardó mucho en aparecer en el campo de las ideas, en escuela enemiga del Kantismo, de la Idea-evolutiva de Hegel y del panteísmo hipotético de Schelling y Schleimaker, escuela representada por el sombrío filósofo del pesimismo, Schopenhauer y por los deslumbradores, más tristemente impíos poetas Goethe y Leopardi.

Si en el hombre no hay sino voluntad, entrañando esta tendencia hacia el objeto y, por ende, esfuerzo, causa a su vez de un dolor; se echa de ver que en el ser la voluntad es fuente perenne de dolor y como el «ens rationale» es una como concentración de cuantas perfecciones existen, se puede concluir, con el maestro de Hartmann, esta vida es un mal. Todos nuestros esfuerzos han de encaminarse a lograr la desaparición total y completa de este imperio de la fuerza y el triunfo de la luz, o sea, de la razón sobre la voluntad. Sentó un error inconcebible, mas con un fondo de verdad tal, que a todo partidario de las ideas espiritualistas no puede menos de alegrar. Contempló la imperfección del bien, la falta de orden, sombras proyectadas por la mano maestra del Artífice Supremo sobre el lienzo encantador de la creación; el misterio del mal se le ofreció ante sus ojos y, sin darse cuenta del tránsito, pasó del orden físico y moral al metafísico; y dogmatizando, preparó la aparición de los principios del «Inconsciente», manifestación de una «Idea y Voluntad», ordenadora aquélla de todas las existencias y ésta fuerza que les da el ser. Quiso con este nuevo principio explicar fenómenos mil del alma, hechos intuitivos, acciones reflejas, etc....., y esta doctrina, un poco anticuada, ha vuelto aparecer hoy día con todo su esplendor en la escuela del catedrático de Howard, Isrr James, y en los escritos de cuantos se distinguen en el campo modernista bajo la forma de fenómenos inconscientes de la sub-consciencia, región hasta la cual no penetra el foco potentísimo de la conciencia individual, y no obstante, germen fecundo por inmanencia vital, de toda creencia religiosa, razón de cuanto ha existido o existirá en religión alguna y causa explicativa de cuantos fenómenos traspasan los límites de lo «Desconocible», barrera infranqueable para la razón humana.

OFLODA REGOR

LA PLUMA Y LA ESPADA

Escuchaba cierto día
una disputa entablada
entre la pluma y la espada;
y cada cual discurría
sobre su gloria alcanzada.

La espada, muy arrogante,
recordaba a cada instante
su poder sobre la tierra;
que arrolló siempre en la guerra
cuanto se puso delante.

Los nombres de mil guerreros,
que blandiendo los aceros,
los triunfos de ella marcaron,
dejando, al pasar, regueros
de sangre que derramaron.

Los nombres de las naciones
que con su filo ha borrado;
los imperios que ha fundado
con los diversos girones
que a aquéllas ha arrebatado.

Que dondequiera hizo guerra,
desde el Oriente a Poniente,
lo mismo en el mar que en tierra,
lo mismo en llano que en sierra,
hizo vasalla la gente.

De la justicia en las manos
no he sido siempre instrumento,
confesaba; los tiranos
me empuñaron inhumanos,
para servir a su intento.

Y así mancharon mi gloria,
mis laureles verdaderos;
los que valientes guerreros
en las hojas de la historia
grabaron con sus aceros.

No con menor arrogancia
la pluma, a su vez, decía;
que todo lo que escribía,
salvando cualquier distancia,
el mundo entero corría.

Conmigo nadie se atreve,
le replicaba a la espada;
como tú soy acerada,
y aunque me veas tan leve,
soy temible, bien cortada.

Para que nunca te asombres,
de mi fuerza verdadera,
te citaré los nombres
de todos mis grandes hombres,
si tal posible me fuera.

Mis triunfos ellos marcaron,
no con sangre que vertieron,
sino con luz que emitieron
por dondequiera mostraron
lo que conmigo escribieron.

Tú de conquistas blasonas;
que has vencido mil coronas;
sin valerme de la guerra,
me obedecen de la tierra
en casi todas las Zonas.

Yo también he recorrido
la tierra y todos los mares;
y en todos esos lugares
que mi poder han sentido,
súbditos tengo a millares.

Mas como tú, de tiranos
has sido vil instrumento,
así también en las manos
me he visto, con descontento,
de miserables villanos.

Y si tu gloria han manchado
con criminales acciones
también la mía han hollado,
pues que conmigo han matado
millares de corazones.

Aquí la lucha entablada,
por mí con gusto escuchada,
acabó, sin que pudiera
saber al fin quién venciera;
si fué la pluma o la espada.

VICENTE MIELGO, Sch. P.



CRÓNICA MADRILEÑA

LAS MAÑANAS DEL RETIRO

I

Ya lleva el sol varias horas alumbrando nuestra parte del planeta cuando recordamos que nuestras horas de reposo muy bien pueden haber llegado a su fin, y, lentamente, como sencillos burgueses que satisfechos de sus realizados trabajos, con la conciencia tranquila, nos lanzamos a la calle, desocupados por la festividad del día, confundidos con el pueblo que marcha y marcha sin saber casi nunca el término de su paseo. Es domingo y las once de la mañana; una deliciosa mañana de primavera en que el sol luce límpido y refulgente, pareciendo que con sus rayos envía a la tierra caricias saturadas de paz y de amor.

II

Madrid se encuentra en la calle. Las vías más céntricas se encuentran por completo atestadas de gente que, con movimientos lentos y rítmicos, creen avanzar, sin que apenas hayan conseguido adelantar dos pasos en su interminable itinerario. Los más impacientes, que aunque sin prisa parecen llevarla siempre, se lanzan al arroyo, donde infinidad de coches y tranvías y los pestíferos automóviles con sus estridentes paf .. paf... ponen en grave peligro las vidas de los pacíficos moradores de la capital.

Seguimos el ejemplo de los últimos, y con objeto de ganar tiempo apresuramos la marcha dirigiéndonos al Retiro, donde la afamada Banda Municipal tiene anunciado su concierto matinal de los días festivos.

Al fin llegamos; desde bastante distancia percibimos ya claramente los acordes de un pasodoble. Genuinamente madrileña, y más aún española, sabe fomentar nuestra música clásica, la música de Chueca, Chapí, Vives, Morera, etc., combinándola artísticamente con la de los grandes compositores extranjeros, y nada más agradable después de una de esas sonatas beethovenianas que embargan el espíritu, que los valientes acordes de una de nuestras marchas, que, sumados con el sol de un día primaveral, parecen dar vida, animar la circulación de la sangre, unos momentos retardada al escuchar el drama, reanimada con exceso de suero al escuchar la alegría.

La música ha cesado; un silencio sepulcral había reinado durante la audición, hasta aun después de haber terminado, como si esperasen que allá, lejos..., muy lejos, acabase de perderse la última nota, que, dulce, parecía haberse despedido de nosotros con honda tristeza, satisfecha de su triunfo.

III

El público, ese público característico, siempre el mismo, que oye su concierto como cumpliendo un santo deber, vuelve también a la vida y, lentamente, comienza un susurro que gradualmente se va convirtiendo en miles de conversaciones que comentan la última parte.

Numerosos grupos de muchachas jóvenes de enigmática edad, pero siempre jóvenes, hablan lo mismo que el año pasado, que hace un sinnúmero de años, pues con sus mismos sombreros, sus mismos trajes adaptados a las modas que pasan, ven esfumarse con lentitud la dichosa primavera de la vida, tan cantada de poetas, e ingresar en la madurez, en el otoño de ella, en que el canto se transforma en sollozo; pero ríen... ríen siempre, acaso recordando que tras el otoño marcha el invierno, y entonces ni canto ni sollozo, sino llanto franco y terrible... y ríen como niños, esperando como mártires, el antagonismo, para llorar como viejos.

Otros grupos, en su mayoría estudiantes, recorren los primeros, teniendo siempre una salida ocurrente para todo el que pasa cerca de ellos.

De vez en cuando un grupo de modistas con sus locas risas, y ademanes aún más locos, cruzan el paseo perseguidas por sendos satélites que, luciendo su pañuelo de variadísimos colores, una rosa muy grande en el ojal y su cañita de bambú, se sienten tenorios una vez a la semana, para volver a sumirse durante el resto tras las tablas mercachifles de algún modesto comercio.

Poco a poco se va despejando el paseo. Por las avenidas del alrededor vemos cómo marcha el pueblo satisfecho y tranquilo, y nosotros, que recordamos que la hora del almuerzo ha sonado, emprendemos nuestro regreso, pensando silenciosos y con el espíritu abatido, en aquellas muchachitas siempre jóvenes que, con los mismos sombreros y los mismos trajes, ven marchitarse su primavera y, despreciándola, ríen... y ríen, aunque su risa se asemeje al sollozo del que sufre.

JOSÉ AUGÉ SALVAT

Académico Supernumerario

EL RDMO. P. PEDRO DÍAZ DE SANTA TERESA

Virtus, villa de la provincia de Burgos, ilustre en los fastos de la Escuela Pía, fué la patria del Rdm. P. Pedro Díaz de Santa Teresa, Vicario General de las Escuelas Pías de España y América, varón insigne por su piedad y ciencia.

Nació el año 1856, siendo sus padres Isidoro Díaz y Bonifacia Gallo, buenos cristianos, laboriosos y de grandes luces naturales, que transmitieron a sus descendientes y dieron, con la educación y el estudio, el gran talento que admiraron en su hijo Pedro, a quien distinguieron por sus excelentes disposiciones para las letras.

Par dar una idea y trazar el retrato de este insigne escolapio, nosotros le consideraremos y presentaremos bajo los siguientes aspectos: «el hombre, el escolapio, el religioso, el superior local y el superior general.

I

El hombre. — Era el P. Pedro de estatura más bien alta que baja, bien formado, robusto y ágil en su juventud; frente espaciosa, cabello negro y espeso, mirada observadora y penetrante, nariz larga, labios gruesos y un poco salientes; color moreno; fisonomía anunciando naturalidad, constancia y energía; temperamento sanguíneo, tolerante y de buen humor; aun cuando sufría dolencias graves, disgustos y contrariedades, jamás abrió la válvula de la ira, del enfado ni del dolor, pues aun en sus últimos días sufría en silencio sin el menor lamento; no quería que nadie se incomodara por servirle, ni consintió que se tuvieran con su persona atenciones o cuidados especiales. Era en extremo sencillo en su trato, noble, natural y franco; pero al propio tiempo gran conocedor del mundo y de la vida, sabía distinguir las necesidades verdaderas de las ficticias y aunque disimulaba, no confundía el lobo con la oveja, la hipocresía con la virtud.

El trabajo así mental como físico fué su virtud predilecta y decía que no comprendía las otras virtudes sin ésta en la que superó a todos con ventaja. Sus manos eran hábiles así para manejar el compás y los más delicados aparatos de Física como las herramientas del más humilde artesano; todo trabajo era noble; de ninguno se desdénaba. A los campesinos de los valles y cabañas montañosas, con quienes pasaba largos ratos, porque para todos tenía tiempo, hablaba en su lengua con tanta propiedad y riqueza de giros como podía hacerlo el inmortal Pereda; conocía sus virtudes y sus vicios, como si siempre hubiera vivido entre ellos; les comunicaba sus conocimientos y corregía sus defectos con tanta sencillez, que parecía haber ejercido todos los oficios, como ellos le decían, pues en todos era perito y daba lecciones a los más prácticos. Por eso no es extraño que estas gentes desearan tanto el trato del P. Pedro y hayan sentido su muerte como la de un padre. Pero lo maravilloso era que lo propio le sucedía en las campañas andaluzas, pues así hablaba la lengua de Muñoz y Pavón con los andaluces, como la de Pereda con los pasiegos y casi lo mismo los demás dialectos españoles. No se crea por eso que sólo con los humildes solía tratar, aunque era con quienes más gozaba, muy al contrario, su trato de gentes era universal; con el sabio hablaba como sabio si la ocasión lo requería, con el letrado de letras, y con el artista, de artes, sin pagarse ni de sabio, ni de letrado, ni de artista, que nada desdénaba como la vanidad, el orgullo y la pedantería.

Esta era una de sus prendas naturales, pues todo en él parecía fruto de la naturaleza, que más admirábamos en el P. Pedro.

Cuando terminó la visita canónica de los Colegios de España y América, quedamos pasmados de su memoria verdaderamente portentosa, pues no había individuo, sacerdote o lego, joven o anciano, novicio o profeso, castellano o catalán de quien no diera noticias detalladas con una precisión sorprendente; los setenta colegios los tenía tan presentes como la comunidad que le escuchaba; no necesitaba otro diario que su poderosa retentiva de lugares, fisonomías, nombres, genealogías y acontecimientos.

Con una memoria tan potente acumuló un caudal inmenso de conocimientos en todos los ramos del humano saber, que no grabó en el papel, ni lució fuera de la clase, por un exceso de modestia a que le inclinaba su natural, enemigo de exterioridades, de apariencias, de éxitos ruidosos, de mutua incensación, de bombo y alabanzas por ciencia que está en los libros. Amaba, por el contrario, a imitación de San José de Calasanz, las virtudes domésticas, en que tanto sobresalió el fundador de la Escuela Pía, y que aunque parezca lo contrario, son bastantes más austeras y difíciles de practicar, que esas obras que dan nombre y fama de sabio ante las gentes. Cual severo crítico no tributaba alabanzas más que al verdadero mérito y como buen cristiano disimulaba fácilmente los defectos y miserias humanas, no gozándose nunca en sacarlas a pública vergüenza; a nadie envidiaba y de nadie murmuraba; éste era el fondo natural del P. Pedro, tal era el *hombre*.

II

El escolapio. — A los catorce años vistió la sotana escolapia en el Colegio del Escorial, donde entonces estaba el Noviciado de la provincia de Castilla. Había hecho sus estudios de instrucción privada en Virtus y de Humanidades en Arijá. Desde un principio manifestó su carácter unánime, su religiosidad y amor a la Escuela Pía, a la vez que su laboriosidad y constancia en el estudio; su genio vivo y reflexivo hacía presagiar al buen escolapio, al pedagogo incansable, al eximio profesor. Continuó sus estudios en dicho Colegio y los terminó en el de Getafe, donde profesó de votos solemnes. Ordenado de Sacerdote destinóle la obediencia al Colegio de Sanlúcar de Barrameda, donde cumplió la misión escolapia por espacio de veinte años, a satisfacción de los superiores y con admiración y aplauso de los alumnos y de sus familias, que apreciaron en el P. Pedro su gran valer como educador.

En dicha población, así como en Jerez y Cádiz, ha dejado una pléyade numerosa de discípulos ilustres que veneran el nombre de su antiguo y malogrado maestro, y acreditan con cristianas costumbres la educación que recibieron de tan eximio escolapio. Como director de colegiales se distinguió por su sencilla táctica pedagógica, que resumía esta frase: *paciencia y mala intención*; entendiéndose por esta *mala intención*, el modo especial que él tenía de castigar a los niños, contrariándoles en sus caprichos, no dejándoles salir con la suya, como vulgarmente se dice, doblegando su voluntad a la del director, y previniendo sus travesuras, para lo cual es necesario pensar mal de los malos y no fiarse de apariencias, que también los niños saben engañar, y después reirse y criticar al director que no impone su voluntad. La sátira es un castigo que duele y no rompe ningún hueso; en sus manos producía excelentes resultados. Siempre tuvo gran autoridad sobre los niños, que al mismo tiempo que le obedecían, le querían y apreciaban. Era justo en sus castigos y reprensiones y nunca le vieron alterado.

En esta penosa tarea pasó veinte años, los años floridos de la vida, sin desmayar un momento, sin cambiar más que de la primera a la segunda enseñanza, explicando todos los cursos las ciencias físico-naturales, en las que llegó a ser una verdadera eminencia. En estos veinte años y en el resto de su vida no dedicó un solo día a ocupación menos propia del Instituto escolapio, que pueda distraer de la enseñanza; éste fué exclusivamente el campo de su apostolado, en él gastó sus energías; y los mismos estudios superiores que trajo siempre entre manos, los consideraba necesarios al buen desempeño de las clases, y a este fin los aplicaba. Era enemigo de la rutina en la enseñanza, y no tenía menor antipatía a la vana ostentación de saber ante los niños, cuando éstos no pueden entender lo que se dice o no pertenece a la asignatura; nadie como él supo unir lo útil con lo dulce, la teoría con la práctica, ni acomodarse a la inteligencia y capacidad de los discípulos.

Por este tiempo hizo la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla, llamando la atención con sus brillantes ejercicios, especialmente exponiendo las teorías de Krause, cuyo lenguaje hablaba con suma facilidad y gracia, diciendo uno de los examinadores que el P. Pedro era el único alumno que había entendido las doctrinas del filósofo alemán. Como se ve, por lo poco que dejamos consignado, sus conocimientos eran muy vastos, pues abarcó las ciencias naturales, filosóficas, eclesiásticas, lenguas y artes.

CRÓNICA ESCOLAPIA

DE CATALUÑA

ESCUELAS PÍAS DE MATARÓ. — En atención a las numerosas peticiones de familias, entusiasmadas por lo brillante que resultó el cuadro, titulado *Un episodio de la guerra de Melilla*, que tan magistralmente fué interpretado por el

batallón infantil de estas Escuelas Pías, en la velada de Santo Tomás, fué repetido de nuevo en la velada literario-musical que los alumnos de dicho Colegio dedicaron el día de San José a sus muy apreciados P. Rector y Director con motivo de celebrar uno y otro el día de su fiesta onomástica. Fueron, en verdad, admiradas por todos, la paciencia y constancia que representó el ensayar una acción tan complicada y de tan largas relaciones a criaturas tan tiernas, y sobre todo al ver la perfección y serenidad con que ejecutó cada cual su papel; debiéndose hacer especial mención del capitán, señorito Font, por su enérgica y clara dicción, en la cual quedaron acreditadas, a más de las cualidades del pequeño artista, la paciencia y perseverancia de su humilde profesor, que con tanta facilidad se sabe ganar las simpatías de sus pequeños educandos.

Sea la enhorabuena a todos los alumnos y en especial a los parvulitos que proporcionaron al distinguido público mataronense tan grata expansión, y también a aquel, bajo cuya iniciativa se verificó tan simpático acto.

Según tradicional costumbre, ha corrido también este año las calles de Mataró el grupo infantil *dels armats*, formado igualmente por los alumnos de la clase de párvulos. Sus típicos trajes y la propiedad con que ejecuta cada cual su papel es cosa que sorprende a todos; de modo que es cosa difícil nombrar a los más distinguidos, porque no es posible hacer distinción en aquel gracioso conjunto. Muchísimas fueron las familias que quisieron presenciar en sus casas tan bello espectáculo, festejando a los tiernos actores con toda clase de dulces, pasteles y bombones.

ESCUELAS PÍAS DE TARRASA. — En el espacioso salón de actos del Real Colegio Tarrasense de las Escuelas Pías tuvo lugar la representación en escena del drama histórico en tres actos titulado *Don Carlos de Viana*, en cuyo desarrollo se distinguieron los alumnos Emilio Boada (Carlos), Angel del Romero (D. Juan II de Aragón), Antonio Domingo (Ruderich), Juan Buguñá (Fray Alonso de la Espina), Juan Calderer (D. Bernardo de Requesens), José Riera (D. Giménez de Urrea), José Arche (Doctor Ballesteres), José Cristófol (Maese Gil) y José Vancells (Pérez). Todos cosecharon nutridos aplausos del selecto público de la sociedad tarrasense, debiéndose hacer particular mención del alumno Miguel Costa por la habilidad que demostró en el papel de bufón, pues excitó, siempre que aparecía en escena, la hilaridad del distinguido público.

Acto seguido se puso en escena el episodio trágico de la Guerra de Melilla, cuyo héroe es el tan nombrado Cabo Noval, quien dió la sangre por la patria del modo que todos sabemos. El público distinguido se deshizo en verdadero delirio, aplaudiendo a los alumnos José Riera, Antonio Domingo, Miguel Lloveras, Santiago Palet, Antonio Montaner, en particular a Angel Romero por lo acertado que estuvo en el difícil papel del Cabo, a Juan Buguñá en el desempeño de padre del mencionado Cabo y a José Cristófol por la especial habilidad que puso de relieve al imitar al compañero del Cabo Noval.

Toda la fiesta se debe al tan renombrado pincel del Padre Carlos de Esquirol y a la paciencia del bondadoso Padre Ramón Pollina.

En la Exposición de trabajos escolares verificada en Palacio de Bellas Artes de Barcelona, con motivo del primer Congreso Internacional de Higiene Escolar celebrado en España, ha llamado poderosamente la atención la instalación de diversos Colegios Escolapios, por su buena distribución, número y calidad de los trabajos. De ella se ha ocupado preferentemente *El Diario de Barcelona*, cuyas son las siguientes palabras:

«Salas 25 y 23. — Están destinadas estas salas a los diversos colegios de los Reverendos Padres Escolapios.

La instalación es de lo más notable de la Exposición por el orden y mérito de los trabajos expuestos. La sección mercantil, en las diversas ramas de la enseñanza de esta asignatura, presenta abundantes trabajos, consistentes en cuadernos, mapas, álbums, cuadros alegóricos de producciones, ejercicios de redacción

de cartas, de geografía y estadística, de contabilidad industrial y bancaria, teneduría de libros, cálculo mercantil, de idiomas extranjeros (francés, inglés e italiano), de caligrafía, de geometría, gramaticales, etc., etc.

De las asignaturas de adorno hay expuestos artísticos trabajos, como son un estandarte (tapiz pintado) en cuyo centro campea el retrato de San José de Calasanz, dedicado al Rdo. P. Luis Falguera por E. Ferrán; otros tapices también pintados, de J. M. Ganzer, J. Suyner y J. Llovet; la Santa Faz, piroescultura y pirograbado, con el fondo imitando oro viejo, de A. Trilla; el Santo Cristo de Velázquez, Ecce Homo y otros cuadros hechos por el mismo procedimiento, de los alumnos Vicente Nubiola, Eduardo Llanas, César Casanovas, Antonio Piera, Trenchs, Jaime Puñet, José Sunyol, José M. Viñas y José I. Casals.

«La Oración del Huerto», notable cuadro, al lápiz, de Vicente Puig; un paisaje, de J. Farguell; cuadros al óleo, de V. Ramalla, F. Ravell y Miret; al pastel, uno de Fortuny; acuarelas, de E. Puig, J. M. Balcells, Nubiola, Forcada y Bonet; trabajos «fayans», de C. Cardenal, R. Mata, Esteve Baixeras y Durall; un pedestal de gran mérito, de Mañós.

Artísticos *etagers*, escultura geométrica de procedimiento alemán, uno, admirable, de Güell, y otro de Vicente Aloy; una bandeja, procedimiento bático, de Juan Botta; relieves en mármol, de Antonio Merlán, E. Mauri, J. Cabot y A. Trueba.

Entre los trabajos manuales hay canastillas con frutas imitadas en cera; otras canastillas y tejidos, sistema Froebel, de Joaquín Matéu, Angel Tomás, Pedro Soler, Angel Tintorer, Juan Prats, Agapito Vaq és, Angel y Ramón Arqué, Fernando Casablanca y Eduardo Tejido.

En trabajos de marquetería hay una linda carroza de gala destinada a purera, pero no ostenta el nombre del alumno que la construyó».

(De Ave María)

EL CRONISTA

UNA FIESTA DE CULTURA

Asistí al Festival deportivo que celebraron los alumnos del Real Colegio de Nuestra Señora de las Escuelas Pías, establecido en el Paseo de Gracia, el día 12 último, y, juzgando por el éxito obtenido el año pasado, ya fui a ella bien impresionado, pero salí mejor aún, salí con el recuerdo de una tarde que pasa como una centella, de cuatro horas que se aprovechan recreándose los sentidos gozando de un programa tan selecto como el que nos presentaron los Padres aquella tarde.

¡Qué fiesta! La grada, los palcos, las sillas y terraplenes se veían cuajados de espectadores, de una concurrencia escogidísima de más de doce mil almas, que producía un aspecto preciosísimo. Los alegres tonos de las *toilettes* de verano de las señoras, que hermoseaban la fiesta, jugaban con los chillones colores de las sombrillas y el seguido movimiento de abanicos, y un aire fresco y suave que bajaba regalado de nuestros montes vecinos, contrarrestaba la acción enérgica de un sol, casi africano, de aquel sol español que da vida y color a todas las fiestas que bajo sus rayos se celebran y que de veras lo añoramos cuando egoístas nubes se interponen y nos privan de su alegre visión que nos anima. Y en aquel armonioso concierto de luz, de colores, y aquel volar de gallardetes y banderas, que armonizarlo

ayudan airosos pasodobles que una banda militar entona, setecientos alumnos en la pista del improvisado *stadium* maniobran dirigidos por el hábil gimnasta Sr. Arias, en movimientos rítmicos y respiratorios, saltos, carreras; y a las órdenes del pundonoroso capitán de caballería don Emilio Pou, que tantas veces ha honrado estas páginas con su firma, nuestros ex-compañeros de escuela practicaban el ejercicio militar, que tan útil les será el día de mañana, cuando sean llamados a servir en las filas de los ejércitos del Rey. Los pequeños reclutas prometen a la bandera; y el Sr. Pou, que con tanto celo viene adiestrando a los escolares en el movimiento de las armas, les dirigió una sentida arenga realzando el amor a la Patria como el mejor amor, como el amor de los amores, y el público rompió en aplausos, que se prolongaron ante el sorprendente cuadro final que fué de un gran efecto. A los aplausos y felicitaciones que tributó la concurrencia a los beneméritos PP. Escolapios, uno los míos y los de esta Academia que vive compenetrada en el espíritu calasancio, que le ampara en sus aflicciones y goza de sus triunfos. A vosotros, pues, apreciados PP. del Colegio de Nuestra Señora, va nuestra felicitación, y especialmente al infatigable Padre Rector, Ramón Pierra, que, venciendo siempre cuantas dificultades se interponen al avance de nuestro Colegio, después de la destrucción del de San Antón, sabe atender en todo organizando fiestas como la que disfrutamos ayer. ¡Gloria a las Escuelas Pías!

M. COMAS ESQUERRA

Académico de Número

MEMORIAS DE UN CRONISTA

Uno de los nuestros, que ha estado estos días en Valencia, interesado por la pronta aparición de la Crónica de las fiestas de Urgel, quiso ver por sí mismo cómo se encontraba la edición que hace mes y medio está empantanada por causa de la huelga de obreros tipógrafos.

Desde el día 8 trabajan de nuevo con gran actividad y piensan verla terminada muy pronto.

En la Tipografía Moderna vimos los originales de *Memorias de un Cronista*, que éste es el título, y nos interesó tanto el índice que no pudimos resistir al deseo de copiarlo, y damos con él hoy un avance de lo que va a ser la deseada obra.

ÍNDICE

Dos palabras (Prólogo). — Horas fecundas. — La semilla en la tierra. — Nace la semilla. — Fecha triste, pero fecunda. — Alma escolapia — La primera salida. — Aires de fuera. — En camino. — El himno. — Subiendo la marea. — Haciendo camino. — Apuntando alto. — Idas y venidas. — Avanzando. — Eso y algo más. — ¿Qué pasa en Urgel?... — ¿Y en Valencia?... —

El sello de Dios. -- Programa de las fiestas. -- Interés general. -- Hacia Urgel. -- Urgel. -- Sin despertar. -- ¡Cuántos... Santo mío, cuántos!... -- In principio. -- Tardíos, pero ciertos. -- Colaboradores. -- Triduo vespertino. -- Ahora yo. -- Grandiosos pontificales. -- Conferencias de San Vicente de Paúl. -- San José de Calasanz en las calles de Urgel. -- La calle de San José de Calasanz -- Nocturno. -- Instituto Obrero de Seo de Urgel. -- Sección dramática (Instituto Obrero). -- Página de sol en día de luz... -- La fiesta infantil. -- Lo grande en lo pequeño. -- La inenarrable. -- A propósito. -- Comentarios. -- Vigilia. -- San José de Calasanz en la Catedral de Urgel. -- Certamen Calasancio. -- Pedaleando -- A tiro limpio. -- Tómbola. -- Notas y notabilidades. -- Agapes episcopales. -- Entre hermanos -- Ultimos insomnios. -- Desfile. -- Broche. -- El Dr. Benlloch. -- Torrente. -- Números cantan.

BIBLIOGRAFÍA

DEVOCIÓN DE LOS DOCE SEGUNDOS VIERNES DE CADA MES DEL AÑO, consagrados a la Virgen de los Dolores, por el Rdo. D. *Manuel Bargañó y Morgades*, presbítero. -- E. Subirana, editor y librero Pontificio, Calle Puertaferriera, n.º 14, Barcelona.

No es una devoción nueva, sino un estímulo y una ocasión oportunísima para la práctica de devociones tan antiguas y saludables como son la frecuencia de sacramentos y el culto y veneración que el pueblo fiel ha profesado siempre a la Virgen de los Dolores. Porque en definitiva a ellas se reduce ese piadoso ejercicio de los *doce segundos viernes de mes* que el Rdo. Bargañó propone, en este libro, a los devotos de María Dolorosa, y que hará sin duda buena compañía entre otros tan recomendables como son los siete Domingos de San José, los trece Martes de San Antonio, los nueve primeros Viernes de mes. En las meditaciones de este libro encontrarán los fieles vivas efusiones de piedad, y, aun independientemente del ejercicio de los *doce segundos viernes*, les servirán para acompañar a María angustiada en sus grandes aflicciones. Un elegantísimo tomito en 16.º, impreso en fino papel, a ptas. 0'50.

EL ALMA RELIGIOSA EN LA ESCUELA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, O SEA MES DE JUNIO PARA LAS PERSONAS CONSAGRADAS A DIOS.

Al ofrecer a los conventos e Institutos de Religiosas este devoto y hermoso Mes de Junio, escrito por una Religiosa del Instituto de la Divina Pastora, creemos que el mejor elogio y recomendación que del mismo puede hacerse es copiar el prólogo que encabeza el libro, y que es como sigue:

«Pocos libros, como el presente, pueden ofrecerse a una Comunidad de Religiosas que desee practicar con fruto el santo Mes, que dedican años ha todas las almas piadosas al culto, estudio e imitación del Corazón Sacratísimo de Jesús.

»Es indudable que la condición de tales almas, que le están especialmente consagradas, aconseja a su vez texto también especial que a dicha su condición se acomode y que responda a sus peculiares necesidades, tan distintas alguna vez de las que puedan ocurrir a la señora piadosa seglar. Debe ser la perfección del claustro de más primorosa y afiligranada labor que lo que entre personas del siglo se usa, aun entre las más aventajadas en piedad: dase aquí importancia a

pormenores de conducta que en otra parte se considerarían muy secundarios, pero que en este género de vida deben reputarse de carácter fundamental. Erraría quien creyese bastar para norma de buenas monjas, lo que puede servir de tal para cualquier doncella o madre de familia, del mundo. Más exigente es que eso el celestial Esposo y por más fino tamiz quiere Él pasen los pensamientos, palabras y obras de las almas que se escogió para más particularmente suyas.

»He aquí el intento de este librito y he aquí su mérito de aplicación. Conoce bien quien lo dictó la vida íntima de las Comunidades religiosas de su sexo, y habla y escribe para ellas. Pocas veces se hizo con más raro acierto tan delicada anatomía de corazones, para descubrir en cada uno la parte flaca donde hay que aplicar el remedio, mostrándose cada día en la meditación respectiva, sacado de las enseñanzas del Corazón Divino.

»Produzca este efecto la gracia en cuantas lo tomen en sus manos durante el bendito Mes, y acreciente con gloria de Dios Nuestro Señor, el número cada día más consolador de obrillas de este género, dedicadas al ejercicio de tan fecunda devoción.»

A la presente edición se le han añadido unos ejercicios para la Confesión, Comunión, santa Misa y Día de retiro, todo ello apropiado a las Religiosas, como el resto del libro. Aumentase con ello el ya reconocido valor de la obra, con lo cual queda completada.

Forma un tomito en 8.º de más de doscientas páginas, y se vende al precio de una peseta el ejemplar, encuadernado en tela.

Para pedidos dirigirse a D. Miguel Casals, calle del Pino, 5, Barcelona, y a los Corresponsales de la Librería y Tipografía Católica.

—Con el título *Makofá* hemos recibido una novela corta, muy interesante, que firma el escritor bien conocido Evaristo Rodríguez de Bedía.

Es de gran amenidad *Makofá*, pues sus páginas se leen de un tirón bajo el encanto de la fábula novelesca llena de interés, de la habilidad en técnica literaria con que está compuesta y del estilo suelto, pintoresco, limpio con que ha sido escrita. Hay imaginación que sabe crear, observación que acierta a ver la realidad sin artificios y un espíritu sagaz que ve en la vida importantes aspectos sociales.

Makofá se puede leer a flor de letra, porque la amenidad subyuga; pero también, ahondando un poco, se leerá algo interesante que va más hondo, por cauce más profundo.

Las escenas están trazadas con pluma de pintor de género. Hay algunas que tienen las líneas sobrias, definitivas, del agua fuerte. Pero, a lo largo de la novela, como un *leitmotiv* preponderante, se advierte el rasgo de una idea capital dominándolo todo. No sólo hay que deleitar o conmover. Hay también que vencer, hay que moralizar. En toda obra de arte se encuentra siempre, bajo el pomposo ropaje exterior, algo íntimo, un pensamiento dominante, que es como el alma de ella.

Pídase en todas las librerías de España y América, al precio de 1 peseta.

BIBLIÓFILO